

Luis José Gabriel Segura y Cubas por la gracia de Dios, y de la Santa Sede, Obispo del Paraná.

AL CLERO Y PUEBLO DE SU DIOCESIS.

Carissimi diligamus nos invicem quia charitas ex Deo est.

1.ª Juan 40.

Ungido Pastor y Obispo de vuestras almas por la virtud de Jesu-Cristo, mi primera palabra á vosotros debe ser de caridad, y de invitación á que sea recíproco este amor celestial: carísimos míos amémonos unos á otros!

Aunque indigno de honra tan eclesial y vengo en medio de vosotros con la autoridad y amor de padre, constituido así por la voluntad de Dios de quien se deriva toda paternidad en los Cielos y en la tierra; y como es purísimo y excelentísimo su origen, mezcla inefable de poder y de gracia, de suavidad y fortaleza, de verdad y justicia, mi amor á vosotros, hijos amantísimos debe también ser informado de esas cualidades y servir con todas ellas á vuestra felicidad y gloria de Dios; pero á vuestra vez me debeis la tolerancia, la sumisión y docilidad de los buenos hijos: ah! la dulce y divina caridad, constante, recíproca y fuerte sobre todo amor terreno es la base legítima, el origen de todos los bienes que podamos prometernos en la nueva Diócesis, y en la misión que traigo de Dios en medio de vosotros.

Pero acaso no creis en la ternura de un corazón desconocido, de un hombre que viene á vosotros la primera vez de su vida, sin ningun motivo de estimación que lo haya precedido, ni familia, ni nombre, ni servicios, sino que extraño á todo os conjuro prometiendo y pidiendo caridad recíproca! El Evangelista S. Juan revela la existencia de un amor que nos abraza antes de conocernos que nos compele á salir al encuentro de los que no nos buscan; amor modelado en el de aquel padre que regalaba á un mudo enemigo el inestimable don del hijo de su eternidad; la caridad procede de Dios hijos míos, amémonos pues! *carissimi diligamus nos invicem quia charitas ex Deo est.* Dios! he ahí la causa porque os debo amor hasta dar la vida por vosotros, como Jesu-Cristo la ofreció en la cruz para vivificarnos á los que éramos enemigos y muertos por el pecado! Dios de quien procede toda belleza toda santidad y el fuego inextinguible de la eterna caridad difundida sobre todos los hombres. El es el título de nuestro recíproco amor, el lazo que nos une en el santo gozo de una familia que vive en paz y dulce unión! Carísimos, amémonos, por que la caridad procede de Dios.

Por mi parte, hijos míos, yo he puesto oídos atentos y un corazón aparejado á todos los deberes que emanan de esta Divina Caridad: ella me transporta á la inefable escena en que Jesu-Cristo pregunta á S. Pedro por tres veces, Simón hijo de Juan me amas mas que todos estos? y á quien no confiere la misión de apacentar su rebaño sino despues que la eterna sabiduría es testigo del

amor del Apóstol. Yo creo que Dios me ha hecho esta misma pregunta, me amas mas que todos estos? por que para no apacentarse á sí mismos y ser objetos de la maldición que fulmina el Señor contra ellos por Exequiel Profeta es necesario amar á Dios sobre todo, de suerte que ese fuego celestial consuma nuestras inclinaciones terrenas, y nos dé fuerza para sufrirlo todo, la misma muerte, si el Señor quisiere aceptarlos en holocausto por la salud de sus ovejas confiadas á nuestro cuidado! Yo creo que una ardentísima caridad es la condición mas esencial del Obispo; pero ay de mí! solo puedo responder al Supremo Pastor, que comienzo á amarlo; esperando si en su Bondad, que, como enseña el Padre San Agustín, el amor nace para alimentarse, y alimentado fortificarse, y fortificado perfeccionarse, y perfecto, decir ya con el Apóstol San Pablo—mi vida es Jesu-Cristo y ganancia preciosísima mi muerte por su amor. Oh hijos! Vuestra primera obligación con el nuevo Pastor es pedir á Dios que llene estas mis esperanzas de crecer y perfeccionarme en la altísima caridad que Dios exige de los Obispos, como Saul el escogido para Rey de Israel no tenia semejante en todo su Pueblo.

A este triple interrogatorio añade Jesu-Cristo el encargo de apacentar su rebaño repetido tres veces dice Santo Tomas, para enseñarnos á todos los Obispos, que á nuestras ovejas debemos el triple alimento de la Palabra Divina, del buen ejemplo de la vida, y del auxilio temporal; ó sea, el servicio de la Santidad, de la ciencia y de las obras de misericordia. Tales son, hijos míos, la grandes obligaciones que me impone el amor que os debo en Dios, y que para llenarlas debo hacer de mi vida, de sus afecciones, de su descanso y de todos sus bienes temporales un perfecto y purísimo sacrificio.

De este deber de suprema caridad infiere justamente el Apóstol San Pablo que la vida del perfecto obispo es imaculada y sin crimen cual corresponde al dispensador de Dios, no es soberbio, no iracundo, no codicioso, sino hospitalario, benigno, casto, sobrio, justo, santo, depositario fiel de sana Doctrina, constituido ejemplar y modelo de los demas, en buenas obras, en la sabiduría, en la integridad y modestia de una vida irreprehensible, contemplador por la imitación de la grandeza infinita de Jesu-Cristo.

Abramados, hijos míos, de tan graves deberes que nos imponia el Episcopado, lo reusamos con justo temor de hallar en él nuestra perdición eterna, y no hemos puesto nuestros débiles hombros á esta inmensa carga, sino despues de conocer, cuanto nos permitin la condición humana, que tal era la voluntad de Dios, en cuyas manos la debilidad del hombre se convierte en irresistible fuerza, y la nada en confusión de la ciencia y poder humanos. A-

malhamos á Dios, y en él á vosotros; y nos dijimos; el amor de Dios me dará fuerza y sabiduría para regiros y apacentaros debidamente.

Pero cualquiera que sea la buena disposición de mi voluntad, yacerá impotente, sino encuentra cooperación en vuestra caridad: llevad mutuamente las cargas escribe el Apóstol, y cumplireis la ley de Jesu-Cristo; y si la caridad manda aliviar á nuestros hermanos en sus deberes y cargas comunes, con cuanta mayor razón no debe inculcar este mismo buen oficio con la insoportable é inmensa carga del Episcopado que debe procurar el bien y eterna felicidad de todos sus Diocesanos!

Este deber inculca especialmente á los S. S. Párrocos y Sacerdotes; ellos son la luz del mundo, la sal de la tierra, segun lo ha dicho el mismo Jesu-Cristo. Los buenos Sacerdotes han hablado siempre el lenguaje de la caridad en su vida y obras, y por él ha sido reconocido y adorado el Dios verdadero entre los hombres. A vosotros pues, grey Santa, pueblo de adquisición que llevais en vuestros labios el poder de Dios, á vosotros ruego que me ayudeis; en nombre de vuestro ministerio de santificación, en nombre de la cuenta que se os pedirá del uso que habeis hecho de los dones recibidos de Dios, en nombre de Jesu-Cristo cuyos ministros sois, os ruego, que cumpliendo nuestra comun obligación, salvéis la oveja descarrada, ilumineis los ignorados caminos que llevan á la vida, junteis y consolidéis lo que está quebrado, y por donde quiera recojais el fruto abundantísimo que cuelga del árbol sacrosanto de la redención humana. El buen Sacerdote ha hecho siempre la felicidad del hombre; y ¡desgracia horrible! el mal Sacerdote es la figura mas notable de todos los cuadros de desolación ya de herejía, ya de cisma, ya de cualquiera catástrofe, que campean por toda la tierra.

Mas no es solo el sacerdote el activo coadjutor de mi Episcopado, lo es también el honrado Padre de familias que educa sus hijos y domésticos en el temor de Dios, lo es el amigo fiel que dice palabras de verdad y edificación á su amigo; lo son todos los verdaderos cristianos que con sus ejemplos y palabras hacen que el nombre de Dios sea santificado en la tierra como lo es en el Cielo.

Al encargarme de la misión de apacentar este querido rebaño de Jesu-Cristo espero que con la cooperación de estas almas preciosas, no habré consumido mi tiempo en trabajo inútil, sino que él dará el fruto centuplo de la semilla que cae en abonado suelo; pero no solo á estos sino á todos mis Diocesanos sin excepción ninguna debo invitar á que nos amemos mutuamente, procurando en santa liga la gloria de Dios y nuestra salud eterna, los unos honrándose con la parte activa del negocio de la eternidad, los otros to-

rando al menos, y permitiendo que pase el Don de Dios para todos.

Mi deber es procurar por todos los medios el bien espiritual de los que el Señor me ha confiado corrigiendo los unos, amonestando los otros, arguyendo é increpando en toda paciencia y doctrina; el vuestro es sufrir las saludables asperezas de la caridad: yo debo dar á todas mis Parroquias administradores fieles que apacienten las ovejas de Jesu-Cristo, y no á sí mismo con el torpe lucro y la cruel ambición; vosotros debéis tolerar que á la vez no os contente en otros intereses fuera de los de vuestra salud eterna: yo debo estar firme en mi deber; á vosotros no debe ofenderos mi santa resistencia: yo debo trabajar oportunamente en vuestro bien; vosotros no debéis causaros: yo debo salvar á todos; vosotros debéis concurrir á este fin con el don que recibisteis del Señor: yo debo ser santo para informar á todos en la justicia y Santidad, ah! rogad vosotros que derrame Dios sus misericordias, su espíritu de ciencia y piedad, de buen consejo y de fortaleza sobre vuestro Obispo; pedidle que haga crecer y perfeccionar la caridad en mi alma hasta hacerlos Santos y perfectos, reinando en todos nosotros el divino amor que es dulce, paciente, lleno de abnegación, humilde, que no conoce orgullo, que nunca se alegra del mal ajeno, sino que á todos desea el bien, y que es el precepto por excelencia del hijo de Dios hecho hombre por nuestro amor. Amémonos unos á otros, hijos carísimos, porque la caridad procede de Dios.

En el celo que me abraza de vuestro bien, deseo amonestaros de muchas cosas; pero conozco que nuestro siglo padece hartura de la palabra escrita, y que seria harto feliz si los breves documentos de caridad que os ofresco, produjeran en vosotros siquiera buena disposición para escuchar con frecuencia al extraño y desconocido, que sin embargo os profesa el amor tierno y fuertísimo de un padre.

Plegue á la divina misericordia, que vosotros y yo crezcamos tanto en la perfecta caridad, que pueda cerrar mis ojos á la luz de la vida presente diciendo de vosotros con el Apóstol S. Pablo—*gaudium meum et corona mea* sic state in Domino *Carissimi*—Hijos míos, mi alegría y mi corona perseverad así en el Señor, carísimos míos.

Paraná, Agosto 21 de 1860.

LUIS J. GABRIEL OBISPO DEL PARANÁ.

Por mandado de S. S. Ilma.

Fray Mamerto Esquiú.
Secretario.